Los fuegos de dicho día fueron muy vivos por toda la línea, tanto que en la tarde, de vuelta de acompañar al General en Jefe á recorrerla, mi caballo recibió una bala en la barriga, que en pocos instantes lo dejó muerto.

«La Razón del Pueblo» se engalanó ese día glorioso con un editorial conmemorativo del 5 de Mayo de 1862, defendiéndonos del cargo de liberales de callejuela y decidores de la buena ventura, que nos hizo el orador clásico del Imperio, en sus buenos tiempos, y probándole que nuestro liberalismo no se evaporaba en las copas de los brindis, sino que también lo defendíamos en el campo de batalla, con las armas en la mano.

Por la noche hubo serenatas, y una fué al Cuartel general cuando ya estábamos recogidos. Nos levantamos y brindamos por el próximo triunfo decisivo de nuestra causa en toda la Nación. Entonces D. Manuel Fuentes brindó por la juventud ilustrada que hacía la campaña con las armas y la pluma.

## CAPITULO XIX.

### EL AUXILIO DE IZAMAL.

DESPUES de los acontecimientos referidos, el Cuartel general dió la orden de montar una pieza de artillería del calibre de 24, en la trinchera de la calle principal de Santa Ana, á dos cuadras del Comisariato Imperial. Igualmente dispuso que otra pieza de artillería fuese colocada en la trinchera situada en el ángulo S. E. de la plaza de San Juan Bautista.



La primera había de servir para hostilizar el Comisariato y la Plaza de armas, y la segunda, para batir la fuerza imperialista parapetada en las azoteas de la manzana de la Lonja, y también la Plaza de armas por el lado del Poniente.

El Comandante Miranda fué el Jefe de la Artillería que debía operar por la calle de Santa Ana, y el General Parra, el de la plaza de San Juan. Ambos cumplieron con su deber exactamente, y pronto quedaron apagados los fuegos de la artillería enemiga en la dirección en que estaba la nuestra. La pieza de la casa, de D. Joaquín Calixto Gil entonces, que hace esquina rumbo á San Juan, fué demolida, y entonces nuestras tropas pudieron llegar á ella por horadaciones.

En este estado las cosas, se pasaron los días sin que ningún acontecimiento notable hiciese variar su aspecto, hasta el 13 de dicho mes, fecha en que se supo oficialmente que D. Francisco Cantón, D. Feliciano Padilla, D. Gumesindo Ruiz y D. Gerardo Valle, Jefes imperialistas, habían levantado en el Oriente y Sur del Estado, la fuerza que guarnecía la línea fronteriza á los indios bárbaros, y lograron reunir de 500 á 600 hombres, con los cuales se presentaron delante de la ciudad de Izamal para batirla. Esta contaba con una guarnición de noventa hombres mal armados, y una pieza de artillería peor montada, á las órdenes del Teniente Coronel D. Felipe Díaz, quien obraba de acuerdo con el Jefe político D. Domingo Evia, y el gran amigo de éste D. Norberto Pacheco.

Al noticiar el Sr. Evia que estaba intimada la guarnición de Izamal, pedía auxilios de fuerza y de parque, indicando que procuraría sostenerse dicha guarnición, mientras la pudieran socorrer.

El General en Jefe resolvió marchar en persona á prestar el auxilio solicitado, pues no quería que se perdiera plaza tan importante como aquella.

Al efecto ordenó que se organizase una sección de 200 hombres al mando del Coronel José Antonio Muñoz, y la caballería á las órdenes del Comandante José Matilde Alcocer. La fuerza quedó lista la tarde del 14, y esa misma tarde manifestó el General Cepeda Peraza, su deseo de que uno lo acompañase en calidad de Secretario en aquella expedición. El Sr. Cisneros no pudo ir por la enfermedad que adolescía; el Sr. Ancona porque no sabía montar á caballo; el Sr. Cirerol por las atenciones de la Jefatura política, y fuí yo. En el acto alisté mi caballo y coloqué en los cojinillos mil pesos, después de socorrer á la tropa.

Entrando la noche emprendimos marcha con la caballería y pernoctamos en Valix, donde vivían nuestras familias. Al toque de diana, á las cinco de la mañana, levantamos el campo y seguimos camino, por la carretera de Izamal, incorporándosenos la infantería que había salido poco antes del Cuartel General.

Almorzamos y tomó su primer rancho la tropa en Tixkokob. Después continuamos la marcha para Motul, población en que descansó la tropa, tomó su segundo rancho, y en la tarde seguimos camino para el pueblo Bokobá.



En éste, nos atrincheramos en la plaza. Se cogieron y mataron dos reses para el rancho de la tropa, del día siguiente. El General en Jefe me propuso que él y yo veláramos á media noche; pero fué inútil, porque ninguno de los dos pudo dormir con el ruido de los soldados, y el cuidado de que pudiera presentarse el enemigo á batirnos: sin embargo, no hubo novedad.

A las cuatro de la mañana levantamos el campo y avanzamos una legua por el camino de Tekantó. En seguida nos desviamos de esta vía principal, y por veredas de haciendas, nos condujo un práctico al pueblo Citilcum, el último para llegar á Izamal.

En dicho pueblo nos desayunamos y continuamos la marcha por la carretera principal. Ya próximos á las primeras casas de Izamal, se nombró una guerrilla de 25 hombres de caballería, para que fuera de descubierta y diera aviso á la plaza de que íbamos en su auxilio. El General en Jefe ordenó que dicha guerrilla la mandase su ayudante D. Manuel Fernández Montilla, recientemente asesinado; pero D. Felipe Jiménez, que me acompañaba, pidió encabezarla y se lo permitió.

Puesto al frente de su fuerza, rompió la marcha á galope, yendo los soldados con carabina en mano. A lo más galoparon 30 ó 40 varas de nosotros, cuando les hicieron fuego de ambos lados del camino. Habían emboscadas del enemigo. Acto continuo aquellas fueron flanqueadas y huyeron. Al llegar al lugar en que habían estado, nos encontramos con que quedaron fuera de combate siete hombres de caballería. Entre éstos mi amigo Jimenez, clareado por una bala en la espalda, y

además, recibió tres machetazos en la cabeza, que le infirieron los enemigos. Estos, con la velocidad del rayo, cayeron á machetazos sobre la guerrilla de descubierta, y le quitaron la espada y un peso á Jimenez, que poco antes le había facilitado en Citilcum. Fué tan violento este despojo, que á los primeros disparos apretamos el paso, y con todo, cuando llegamos, estaba concluido.

El Sargento de la guerrilla, también recibió una herida mortal en el pecho, y le ví en las ansias de la agonía, asirse de las yerbas que tenía cerca, y murió con ellas entre las manos.

Jimenez quedó como muerto, sin movimiento ninguno, y sin embargo lo hice cargar y llevar hasta la primera casa que alcanzamos, la cual, aunque se hallaba cerrada, mandé desarrajar la puerta, y en una hoja de ésta, dispuse que lo colocaran, con propósito de enviar por él en seguida.

Muy conveniente fué la disposición de que esquiváramos el camino de Tekantó, porque en él nos aguardaba Padilla emboscado con bastante fuerza, y quizá nos hubiera envuelto y derrotado, mientras que por la vía principal, emboscó poca fuerza, y solo nos dejó fuera de combate siete hombres.

Después de atender á Jimenez, seguí camino con la fuerza que dejó á cuidarme el General en Jefe, quien con el grueso de la columna entró en combate con el enemigo, quitándole sus atrincheramientos, pues tenía sitiada la guarnición.

No me desvié de la calle principal, creyendo encontrar al General, pero avancé hasta una cuadra de la plaza y no lo encontré. En dicha cuadra babía tropa cubriendo la trinchera, la que, como no nos hacía fuego, juzgué fuera de la nuestra; mas un sargento me advirtió que era del enemigo, y al darme la noticia, nos hizo una descarga, de la que murió el referido sargento, y doblamos á la derecha, encontrándonos con el General en Jefe.



Sin dificultad nos aproximamos al atrio del templo y subimos á sus corredores, que están en alto, los cuales ocupaba la guarnición. Serían como las tres de la tarde.

Al instante, el Comandante Alcocer recibió orden de ocupar la plazuela de Guerrero con su caballería, la que se decía servía de cuartel general á los imperialistas. Alcocer batió y ocupó dicha plaza; mas en vez del cuartel general, se encontró con que el enemigo había aspillerado todos los edificios que la circundan, haciéndole un fuego vivísimo en las aspilleras, que le causó varias bajas. Entre éstas, la de un soldado, oriundo de Chiapas, que se distinguía por muy alto de cuerpo, quien fué herido en un muslo, por cuya razón su Jefe dispuso que lo metieran en una casa á la salida de la plazuela, para ocurrir después por él. Mientras esto se verificaba, el enemigo se propuso cortar el paso de la caballería, saliéndole al encuentro por entre los patios de las casas. Pero después de haber cruzado varios, y al desembocar en la calle, precisamente le tocó hacerlo por la casa en que estaba el chiapaneco herido, á quien cuidaba un muchacho que hacía de clarín en la caballería. A éste lo dejaron al cuidado del herido por su menor edad, creyendo que esta circunstancia lo libraría de cualquier contratiempo;

mas al desarrajar la puerta los imperialistas, á cuyo frente iba Padilla, el muchacho fué muerto á machetazos, y el herido descargó su carabina sobre Padilla, causándole una herida mortal, de la cual murió á pocas horas. El chiapaneco también fué muerto á machetazos.

Este insidente, lo refirieron de la manera dicha algunos soldados del enemigo que se nos presentaron, llorando á su Jefe Padilla.

Es seguro que la herida de este Jefe audaz, libró á la caballeria de ser cortada y caer en poder del enemigo, que, quien sabe que suerte le hubiera deparado.

No me olvidé de mandar buscar á D. Felipe Jimenez, enviando por él á una guerrilla; y cuando creí que me llevaría su cadáver para darle sepultura, recibí una agradable sorpresa al encontrarlo desfigurado, es cierto, pero vivo y riéndose, suplicándome que le curasen cuanto antes. La misma súplica hice al Dr. Evia, mas éste me manifestó que no había medicinas en el lugar en que estábamos, y se conformó con lavarle las heridas con agua pura.

Supo el General en Jefe que el parque se estaba concluyendo, y que, aunque existía pólvora, no había plomo para hacer balas; y sin hablar palabra se fué, llevándose varios soldados. A poco rato volvió, y los soldados con él, cargando las flautas del órgano del templo, que eran de plomo, y de tanto peso, que con ellas se hicieron balas, remediándose la falta de proyectiles. El asombro del Cura de la Parroquia, al ver las flautas del órgano destruido, fué inmenso, y se pintó con una rara expresión en su semblante. Me dió compasión y procuré tranquilizarlo, ofreciéndole la reposición de su órgano, lo cual afirmó también el General, y cumplió su palabra.



No sé de qué casa nos llevaron por comida una tasa de tasajo sancochado, y unas cuantas tortillas, lo que nos sirvió, al General y á mí, para entretener el hambre, porque en todo el día solo habíamos tomado el desayuno.

A las ocho de la noche del mismo día, emprendimos marcha, rumbo al Sur, en dirección al pueblo de Hoctún. Esta marcha la efectuamos con la caballería, y extraviando el camino principal que debía estar cuidando el enemigo. Llegamos á Hoctún á las cuatro de la mañana. Descansamos unas cuantas horas, y continuamos la marcha á Tixkokob; de allí á Mérida, y á ésta entramos cerca del anochecer. En la esquina llamada del «Monifato,» tomamos la calle de la derecha para no ser sentidos de la Ciudadela de San Benito, la que inmediatamente nos hubiera hecho fuego de artillería. A media cuadra, al bajar una laja pendiente, resbalaron las herraduras del caballo que llevaba D. Juan Gamboa, y cayó sobre el ginete, quien recibió una herida en la cabeza, y no sé cómo no quedó muerto, porque la caida me pareció mortal.

Entretanto, el enemigo en esta ciudad no se descuidó y creyó llegado el momento de recuperar el templo de Jesús María, con la ausencia del General en Jefe. A este fin se desprendieron varias guerrillas de la plaza, y por horadaciones llegaron al edificio de la «Unión,» separado apenas por una calle de dicho templo. Los

nuestros rechazaron la agresión brusca y desesperada de los imperialistas. Estos tocaron la puerta del templo, la incendiaron é hicieron uso de las bayonetas; pero todo fué inútil. Su ardor se estrelló en el valor sereno del segundo en Jefe, Coronel Leandro Domínguez, que, en los momentos de peligro, se presentó á dirigir las operaciones de los suyos. El Lic. D. Miguel Castellanos Sánchez recibió una herida de piedra, contra la cual dió una bala de cañón, y haciéndose pedazos, uno de ellos le hirió en el tobillo, de cuya herida se resintió por varios días. Este señor defendió la misma manzana del Jesús María, que fué atacada también del lado del Comisariato, por los patios de las casas, trabándose en ellos sangrientos combates. Uno de estos patios fué el de mi casa, quedando ésta sin muebles y sin trastos, con tal motivo, y gracias al cuidado de mi buen amigo D. Ricardo Molina, recuperé algunos que quitó á los soldados durante la acción.

## CAPITULO XX.

### ATAQUE AL COMISARIATO.

DESPUÉS de los acontecimientos relacionados, un día se presentó, en el campamento de la Mejorada, el aventurero español D. Eduardo Arévalo, ofreciendo sus servicios al General Cepeda Peraza, y pidiéndole que pusiera á sus órdenes una columna, para asaltar el fuerte



atrincheramiento del enemigo, formado en la casa y esquina del Comisariato Imperial.

El General en Jefe, que hacía las cosas bien meditadas, no dió contestación en el acto al Sr. Arévalo; mas al fin insistió tanto en su pretensión, que ordenó el ataque al Comisariato, y mandó disponer la fuerza necesaria para el caso.

Muchos se opusieron á que se le ocupara dándole mando de fuerzas, alegando que haría mal uso de ellas, traicionando nuestra causa, fundados en sus antecedentes, puesto que en Tabasco había sido el azote de los republicanos; pero el General en Jefe tenía confianza plena en sus soldados, y creía que nada ni nadie les habría hecho cambiar de opinión, y menos un hombre desconocido; así fué que llevó adelante su resolución.

La fuerza marchó á su destino á disposición de Arévalo, á las cuatro de la tarde. En la plaza de Santa Lucía entró por las horadaciones practicadas en la manzana frente al Comisariato. Llegó hasta á la casa accesoria de la de las Sras. Echánoves, separada del Comisariato solo por una calle. Por la puerta de esta casa salió á la calle á la cabeza de su fuerza, y los que lo conocían dijeron después, que se demudó, perdiendo su serenidad acostumbrada. Tal parecía que presentía que era llegado su triste fin, que el destino se le presentaba marcándole su hasta aquí; y aquel hombre temerario que se reía de las balas, que se burlaba de los peligros y que hacía alarde de buscarlos, aquel que solo había ocupado al abordaje una canoa de guerra, esa tarde sudó, inclinó la cabeza y tembló al salir á la calle. Tenía razón, pues el

Comisariato estaba erizado de armas, y se consideraba como un fuerte inexpugnable. Al querer dirigirse á la gran trinchera, le hicieron un fuego espantoso por ella, por las ventanas del edificio, por sus balcones y por las azoteas. Las balas de fusil se mezclaban con la metralla. En un abrir y cerrar de ojos la fuerza de asalto quedó amontonada y confundida, aturdida con el ruido de los disparos, la griteria, el humo y los lamentos de los heridos. Entre éstos cayó el mismo Arévalo, mortalmente herido en la cabeza, cerca de la sien. Con esta desgracia, la columna se detuvo, lo recogió, se replegó al punto de salida, y ya no fué posible el asalto intentado. Arévalo, conducido á los portales de Santa Lucía, allí rindió el espíritu á las dos horas. Su cadáver recibió los honores de la guerra.

Si este hombre hubiera salido airoso en su arriesgada empresa, la ciudad hubiera sido saqueada, y tal vez, puesto de acuerdo con los imperialistas, no solo nos habría vuelto las espaldas, sino que nos hubiera batido, y quien sabe cuantos contratiempos y disgustos nos hubiese proporcionado. Por eso sentimos su muerte; pero Dios sabe de cuantas cosas nos libramos con ella, y también la causa de la República.

Al ser batido el Comisariato, se llamó la atención del enemigo por varios puntos de nuestra línea, de suerte que esa tarde puede decirse que la acción fué general, y las dos líneas enemigas se encarnizaron en la pelea, con tal ardimiento, que hubo mucha gente fuera de combate, particularmente en la que batió el Comisariato.

Varios soldados de la fuerza de Arévalo, de los que



más avanzaron hacia la gran trinchera, tomando la acera del Comisariato para evitar los tiros de este edificio, después no pudieron atravesar de nuevo la calle para replegarse á las horadaciones, y se quedaron resguardados en los marcos de las puertas de las casas, soportando la lluvia de balas que les dirigían, hasta que vino la oscuridad de la noche, y corriendo alcanzaron la esquina opuesta, librándose del enemigo.

## CAPITULO XXI.

### EL DIA CUATRO DE JUNIO.

LA guarnición de Izamal, que quedó al mando del Coronel José Antonio Muñoz, se sostuvo por tres días más, después que la dejamos; pero se hizo insostenible su situación por falta de parque, y aunque lo pidió al Cuartel General, enviándoselo éste, no llegó á tiempo. Cuando á cada soldado le quedaba un tiro, tuvo que evacuar la plaza, saliéndose por el camino de Hoctún, pasó por Tixkokob y entró á Mérida sin novedad.

El enemigo ocupó la plaza de Izamal, y como era natural creer, juzgábamos que conservaría en su poder esa importante plaza para llamar la atención de los nuestros y dividir sus fuerzas: no lo hizo así, sino que también la evacuó al día siguiente, y emprendió su marcha para Mérida.

Al aproximarse á la villa de Tixkokob, abandonó el

punto el Jefe político, que lo era el Lic. Manuel Romero Ancona, y se presentó en el Cuartel general, dando aquella noticia.

El Coronel Manuel Rodríguez Solís, seguía á una jornada de distancia á los imperialistas, con una columna volante que organizó, compuesta en su mayor parte de caballería, en la cual estaban varios jóvenes, entre ellos D. Marcos Díaz y D. Fernando Cervera. Su columna era inferior en número á la fuerza enemiga, por cuya razón no la pudo batir y se redujo á picarle la retaguardia, molestándola de aquella manera, sin dejarla aumentarse en los pueblos del tránsito, y empujándola para que á la mayor brevedad entrase á Mérida.

El día 3, el enemigo ocupó Acanceh, y Rodríguez Solís ingresó al Cuartel General, dando parte circunstanciado de la fuerza enemiga y de los elementos con que contaba, participando que al día siguiente haría su entrada para auxiliar á la línea del centro de la Ciudad.

Entonces el General en Jefe dispuso que el mismo Rodríguez Solís se emboscase con su fuerza por las carreteras de Izamal y de Kanasín, por si el enemigo entrase por alguna de ellas, y tratase de forzar el campamento de San Cristóbal, en combinación con la plaza principal. El Teniente Coronel Galindo debía cubrir con un columna parte de la línea del Sur, teniendo su centro en el edificio de la fábrica de hilados, y el Comandante Fuentes, que cubría la Ermita de Santa Isabel y San Sebastián, recibió orden de observar al enemigo y batirlo si se presentaba por aquellos lugares.

Cada Jefe y su columna ocupó su lugar en la madrugada del día cuatro. El Teniente Coronel Galindo durmió la noche del 3, en el Hospital, en la misma pieza en que yo dormía, saliendo de allí en la madrugada, para ir á tomar posesión del campo de batalla. Los imperialistas se presentaron por el lado Sur de la ciudad, en las primeras horas de la mañana, y desde que fué sentida su presencia en la Plaza de Armas, ésta rompió sus fuegos sobre nuestra línea. El estampido del cañón y las descargas de fusilería, se oían por los rumbos de San Cristóbal y Mejorada.



Como pudieron, fueron aproximándose á la línea imperialista los de fuera, batidos por los nuestros en cada calle, en cada esquina y en cada casa, hasta que lograron penetrar en ella, pero con muchas pérdidas, como la del Jefe Gerardo Valle, que cayó desde su caballo, acribillado de balas.

En el momento que D. Francisco Cantón y los suyos, llegaron á la ciudadela, volvieron á salir con una fuerza de refresco á batir el campamento de San Cristóbal, queriendo repetir lo que hizo en el año de 1853 D. Eulogio Rosado, sin tener en cuenta que eran otros los tiempos, otros los hombres, otras las circunstancias y otra la causa que defendía el General Cepeda Peraza. Así es que, por más ardor con que se batieron los imperialistas y por buena y numerosa que fuera su fuerza, los nuestros no desmayaron. Sin embargo, hubo momentos en que quedaron arrollados, por cuya razón voló al lugar del combate el General en Jefe, y con su presencia se cambió el aspecto de las cosas, sonriendo siempre la victoria á nuestras armas.

Se presentó con tal arrojo la columna enemiga, que en el primer impulso los nuestros cedieron el terreno al mayor número de la fuerza imperialista. En ese encuentro murió el Coronel D. Norberto Pacheco, y el joven oficial D. Juan Acevedo, hijo de D. Miguel Acevedo. Muerto Pacheco, ocupó su lugar el Teniente Coronel Galindo, que con brío atacó al enemigo y lo hizo retroceder, quedando victorioso por algunos instantes; mas, herido de gravedad, quedó fuera de combate y entró de nuevo la confusión, replegándose los nuestros, en retirada, á la plaza de San Cristóbal, mientras llegaba D. Ramón V. Chambó, en sustitución de Galindo. Una pieza de artillería de montaña, que servía de apoyo á la infantería, fué abandonada por haber quedado sin dotación de artilleros, todos los cuales fueron muertos ó heridos, lo que visto por D. Cesáreo Rodríguez, con temerario arrojo, se llegó á la pieza, tiró de la piola é hizo fuego, conteniendo al enemigo que se la disputaba. A tiempo concurrió al lugar el General en Jefe, con nueva fuerza, y dispuso la carga que se ejecutó con tal empuje, que los imperialistas volvieron las espaldas, y en retirada se replegaron á su línea, dejando á su paso regadas las calles de muertos y heridos.

A las once de la mañana concluyeron los fuegos, quedando el enemigo desengañado de nuestra dispersión, y aumentando las aflixiones de los sitiados que contaban ya con menos elementos de boca y guerra, y con más gente consumidora de ellos, haciendo práctica la máxima: *non bis in idem.* Nosotros, por el contrario, vimos desde ese día nuestro próximo triunfo sobre la plaza,



y la conclusión de la guerra en favor de las armas de la República.

El campamento de San Cristóbal fué el teatro de la guerra ese día, habiendo tomado parte en la función de armas casi toda la división republicana. La fuerza de la Ermita al mando del Comandante Fuentes, fué la que más hostilizó en su entrada á la columna del Sr. Cantón, así como la que mandaba D. Anastasio Manzanilla, la que recibió el primer empuje, después distinguiéndose su Jefe por su valor é inteligencia.

El bravo Teniente Coronel Basilio Galindo, conducido á la casa del Cuartel General, estaba clareado en el vientre, y por consiguiente, su herida fué calificada de mortal. Para mayor desgracia suya vivió dos días más, y sufrió dolores horribles, con la peritonitis que le causó la muerte. Toda la pared que había cerca de su lecho, quedó desgarrada, y con profundas huellas que formaron sus dedos en la desesperación de su inmenso dolor, y en la lucha terrible de la vida y la muerte. Al fin murió, y todos lo sintieron entrañablemente, pues á la bravura del león, reunía la generosidad y la belleza del alma de un niño. ¡Pobre amigo, no pudo gozar de la alegría de la conclusión de la guerra; mas en cambio se libró de las inconsecuencias de los hombres, y pasó á la mansión de los dioses y los heroes!